

El superyó materno y el estrago de las drogas

*The maternal super-ego
and the havoc of drugs*

López, Héctor

RESUMEN

Para abordar el problema subjetivo y social de las drogas, previamente es necesario formular un interrogante: “adictos, ¿a qué?”. Responder tautológicamente: “a las drogas”, deja en las sombras todos los factores subjetivos que conducen a ese modo de la adicción llamado “toxicomanía”. El principal de esos factores, oculto hasta ahora en el campo de la investigación psicoanalítica, es la incidencia del superyó materno en la compulsión tóxica. Superyó primitivo del niño pero confluyente con el superyó de la madre en una especie de “asociación ilícita” de consecuencias devastadoras. Los psicoanalistas clásicos lo advirtieron tempranamente; Melanie Klein atribuyó a la madre su postulación de un “superyó arcaico”. y Sandor Rado creó la noción de “orgasmo tóxico” como ansia de reencontrar el “orgasmo alimenticio” supuesto al lactante. J. Lacan en “La familia” nos habla de “complejo de destete” que en algunos sujetos puede derivar en un trauma y llegar a un modo de suicidio que él llama “de ejecución retardada” o “suicidio no violento”.

No se postula en este trabajo la existencia de dos instancias superyoicas diferentes, paterna y materna, sino como dos modos de funcionamiento del superyó: el modo paterno, vinculado con la ley en tanto incomprendida, y el modo materno, más regresivo, arbitrario y desorganizador de la conducta del sujeto que implica una voluntad inconsciente de reencuentro con el goce perdido de la primera unidad autoerótica con la madre. Ambos están sujetos al mismo mecanismo psíquico de la “compulsión a la repetición” que obstaculiza el ingreso de la exigencia pulsional en el recorrido del deseo. La intoxicación entonces, como un vértigo por el abismo de infinito: la madre.

Palabras clave: “Superyó materno” - Drogas - Adicción - “Sentimiento oceánico” - Fallo Goce - Quitapenas - Destete

ABSTRACT

To approach the subjective and social problem of drugs, it is necessary to ask a question: “addicted to what?” Answer tautologically: “to drugs”, leaves in the shadows all the subjective factors that

lead to that mode of addiction called “drug addiction”. The main of these factors, hidden so far in the field of psychoanalytic research, is the incidence of the maternal superego in toxic compulsion. The child’s primitive superego but which merges with the mother’s superego in a kind of “illicit association” with devastating consequences. Classical psychoanalysts warned him early; Melanie Klein attributed to the mother her postulation of an “archaic superego”. and Sandor Rado created the notion of “toxic orgasm” as a desire to rediscover the “nutritional orgasm” supposed to the infant. J. Lacan in “La familia” talks about “weaning complex” that in some subjects can lead to trauma and come to a suicide mode that he calls of the “delayed execution.”

The existence of two different superego instances, paternal and maternal, is not postulated in this work, but as two modes of operation of the superego: the paternal mode, linked to the law as misunderstood, and the maternal mode, more regressive, arbitrary and disorganizing of the behavior of the subject that implies an unconscious will of the encounter with the lost enjoyment of the first autoerotic unit with the mother. Both are subject to the same mechanism of repetition that makes it very difficult to make the peremptory demand of the drive enter the path of desire. The intoxication then, like a vertigo by the abyss of infinity: the mother.

Key words: “Maternal superego” - Drugs - Addiction - “Oceanic feeling” - Phallus - Enjoyment - “Hardship remove” - Weaning

Universidad de Belgrano (UB), Doctor en Psicología.

Universidad de Buenos Aires (UBA), Facultad de Psicología, Licenciado y Profesor en Psicología.

Universidad Nacional de Mar del Plata (UNMDP), ex Profesor titular regular y Director de la Maestría en Psicoanálisis.

Libros publicados: Psicoanálisis un discurso en movimiento (Biblos, 1994).

Las adicciones sus fundamentos clínicos (Lazos, 2003).

Lo fundamental de Heidegger en Lacan (Letra Viva, 2009).

La instancia de Lacan, tomos I y II, (EUDEM, 2011).

Adicciones tóxicas, clínica de los recursos del sujeto (EUDEM, en proceso).

1. Del *Malestar en la Cultura* de Freud y de los testimonios de adictos, algunos de ellos poetas y artistas, autores de célebres obras, por ejemplo *El texto drogado* (Castoldi, 1994) se desprende naturalmente que el goce del adicto es una avidez por el “abismo de infinito” (Blaise Pascal), por forzar el cuerpo a una experiencia sensitiva ilimitada, tan imposible siempre para la indigente “condición humana”.

Freud comienza *El Malestar en la Cultura* oponiéndose a toda idea de infinito o inefable, presente en la idea de “sentimiento oceánico”. Resulta paradójico; Freud no recibe esta noción de alguien con quien él quisiera polemizar o a quien tuviera la intención de desacreditar, sino por el contrario, de un personaje particularmente estimado y admirado: el escritor francés Romain Rolland (1866-1944).¹

Dicho sentimiento se refiere a un “algo” (*etwas*) entre sentimiento religioso y experiencia mística que Freud describe como “un sentimiento que preferiría llamar sensación de “eternidad: un sentimiento de algo sin límites, sin barreras, por así decir oceánico” (Freud 1929-1930, 13).

Todo su extenso texto, considerado por Lacan como “obra esencial, suma de la experiencia freudiana” donde su autor expone a la luz lo que Lacan nombró como “lo trágico de la condición humana en tanto tragedia del deseo” (Lacan 1959, 53) está causado y organizado por su desacuerdo inicial con la idea de Rolland.

La aversión a la idea de una experiencia de lo ilimitado o absoluto, estimula en Freud una profunda reflexión sobre el desamparo y los límites de la condición humana, en cuyo capítulo dos incluye una profunda reflexión sobre las sustancias tóxicas, consideradas como necesarias para el hombre en su función de ser un “quitapenas” para sobrellevar el dolor del cuerpo y del alma.

2. He creído encontrar algunas equivalencias de estructura entre el pretendido sentimiento oceánico y la intoxicación química, sólo al efecto de extraer ciertas conclusiones teóricas y clínicas. En ambos se juega una experiencia pretendidamente *no determinada* por ninguna estructura psíquica ni discursiva, sino *determinante* de un goce original, inefable, inmerso en el borde de lo Real.²

¿Por qué el pensamiento freudiano no puede admitir que sea posible para el sujeto la evasión del corsé del lenguaje para sumergirse en ese océano ilimitado?

Sucede que el sentimiento oceánico resulta incongruente con las verdades fundamentales que enseña el psicoanálisis. “La idea de que el ser humano recibiría una noción de su nexos con el mundo circundante a través de un sentimiento inmediato dirigido ahí desde el comienzo mismo, suena tan extraña, se entrama tan mal en el tejido de nuestra psicología, que parece justificada una interpretación

psicoanalítica, o sea genética, de un sentimiento como ese.” Y es aquí mismo donde cita al poeta D. Ch. Grabbe en *Hannibal*: “¡Por cierto que de este mundo no podemos caernos!” (Freud 1929-1930, 14). Lo cual nos recuerda a Henri Michaux con respecto a sus intensas experiencias con la mezcalina y otras drogas alucinógenas: “Qué había pues en ello de sobrenatural... dejábamos tan poco de ser hombres...” (Michaux H., 1952, 55).

Lo “originario” en el pensamiento freudiano, como luego enfatizará Lacan, no es la unidad del ser, sino la llamada por Hegel “condición negatriz” en su advenimiento, la pérdida fundante, el límite inicial planteado ya desde el origen como desvalimiento, indigencia primitiva. La imposibilidad de una complementariedad absoluta con aquél de quien se depende, el Otro materno, forma parte del núcleo mismo del ser.

En la vertiente del narcisismo, que es la que elige Freud en el primer capítulo de *El malestar en la cultura*,³ plantea como mito un “narcisismo primario” que se especifica por la idea de “ser uno con el todo” y que luego es estrechado y reducido por el “principio de realidad”. A aquella instancia, sólo posible como mito, Freud remite la imaginaria del sentimiento oceánico.

En la medida que la represión primaria no aparece “después”, sino que tiene un estatuto sincrónico (atemporal), este ser oceánico “que lo abraza todo, tanto a sí mismo como al mundo exterior” (Freud 1929-1930, 16), nunca en realidad

existió, pero sin duda, aun bajo el signo de la falta permanece en la fantasía de todo sujeto, pero sobre todo de quien busca en el flash tóxico la recuperación de un éxtasis nirvánico.

3. No todos los hombres están en condiciones de renunciar, al menos en sus fantasías, a ciertas regresiones a estadios donde el Edipo no ha progresado hacia la castración y el deseo no ha quedado limitado por la función del falo simbólico. En ese consiste la “repetición” como concepto teórico y compulsión clínica en psicoanálisis.

Esto, por supuesto, se conecta con la ilusión del goce de la cosa (*Das Ding*), donde no podríamos hablar de una “relación de objeto” sino de una identificación primaria signada por el autoerotismo.

En la experiencia de la intoxicación adictiva el sujeto actualiza en lo inconsciente esa lejana completud oceánica representada por el seno materno, que en realidad nunca abandonó y que sigue añorando indefinidamente. Un estado de identificación primaria, anterior a toda elección de objeto, que los clásicos, con la aprobación de Freud, situaban en la etapa oral de la libido, es decir en la zona del “complejo de destete”, importante por lo que veremos a continuación.

No es otra la posición de Lacan en *La Familia*, donde menciona, pero no desarrolla, la relación íntima entre las toxicomanías por vía oral y “el complejo de destete”, y dice de él que, como

experiencia de pérdida fundante, es el complejo más primitivo y más estable, una especie de matriz para todos los complejos posteriores.

Y es más claro aun cuando se refiere a la relación entre el complejo de destete y “la tendencia psíquica a la muerte”: “Esta tendencia psíquica a la muerte, bajo la forma original que le aporta el destete, se revela en suicidios muy especiales que se caracterizan como no violentos, al mismo tiempo que aparece en ella (la tendencia a la muerte) la forma oral del complejo: huelga de hambre de la anorexia mental, envenenamiento de ciertas toxicomanías por vía oral, régimen de hambruna de las neurosis gástricas. El análisis de estos casos muestra que, en su abandono ante la muerte, el sujeto busca fundirse con la imago de la madre. Esta asociación mental no es únicamente mórbida. Es universal, como se ve en la práctica de la sepultura, algunas de cuyas modalidades manifiestan claramente el sentido psicológico de retorno a la “madre tierra”. Así lo revelan igualmente las conexiones establecidas entre la madre y la muerte, tanto por técnicas mágicas como por las concepciones teológicas antiguas; tal como se observa finalmente en toda experiencia psicoanalítica que haya llegado lo suficientemente lejos” (Lacan, 1938a, 45-46).

Todas estas observaciones de Lacan son aún tributarias de la idea de las “etapas del desarrollo de la libido”, a las cuales les falta necesariamente algo más que despeje esa premisa evolutiva y coloque las cosas en la dimensión

estructural donde las operaciones inconscientes, y no el tiempo evolutivo, son las que comandan el proceso de constitución del sujeto como dividido y, en algunos de ellos, de sus tendencias “mórbidas”.

Me refiero concretamente al replanteo que Lacan hace del Complejo de Edipo y del Complejo de Castración. Se trata de una estructura, no de acontecimientos reales, que tienen sin embargo una incidencia extraordinaria en la vida y en las fantasías del sujeto y por ende en la experiencia clínica del psicoanalista. Según cómo hayan sido atravesadas las operaciones de esos complejos será el destino del sujeto. Resulta claro que el complejo de castración, cuando no es resuelto, encuentra una verificación clínica en el destino trágico de quienes caen presa de la necesidad compulsiva de las drogas.

4. No desarrollaré todo el tema, pero tomaré los puntos que nos interesan aquí. El niño nace en una posición imaginaria muy particular determinada por el deseo prototípico de la madre: la ecuación falo-niño. Colocado allí, el niño goza en forma irrestricta de ese privilegio y es amado por la madre como la parte más preciosa de su cuerpo, justo aquella de la que carece. Pero ese “sueño de infinito” comienza a despertar cuando aparece la función interdictora del padre que pesa como ley de hierro tanto para la madre como para el niño. Digamos que una madre que interrumpe su embeleso y gira su mirada hacia el padre, es

también la que obliga al niño, ya sin esa complicidad autoerótica, a renunciar a ese "ser" primitivo, ser el falo imaginario de la madre, bajo la amenaza de la castración del padre, y darse así la posibilidad de "tener" un instrumento simbólico que compense esa pérdida imaginaria.

¿Pero qué sucede cuando la función privadora del padre no tiene efecto, o no puede ser sostenida por él sobre la madre, ni ella se muestra demasiado interesada en separar al niño de su seno?

Es en este punto donde aparece esa figura amenazante del superyó materno que Lacan representó como la de un cocodrilo con las fauces abiertas dispuesto a fagocitar su presa, su propio retoño.

Y es también en este punto donde Lacan dice que se requiere de un palo colocado en las fauces del cocodrilo para evitar que pueda cerrarse. Ese palo es sin duda el significante del nombre del padre operando como ley, e impidiendo el arrasamiento del hijo por la madre.

Lacan habla de esta situación con cierto intencionado humor: "El encuentro con un cocodrilo, que no sabe nada de modales (salvo, claro está, sus lágrimas delicadas con las que les atrae a su mundo bienhechor), debe ser obviamente bastante embarazoso, sobre todo si se trata de esos que viven con nosotros" (Lacan 1968-1969, 38). A esta especie se refiere Lacan, la de la madre-cocodrilo. "El rol de la madre es el deseo de la madre. Es absolutamente capital porque el deseo de la madre no es algo

que uno pueda soportar así nomás, en definitiva, y que eso les sea indiferente: entraña siempre estragos. ¿No es cierto? Un gran cocodrilo en cuya boca ustedes están, es eso la madre, ¿no? No se sabe si de repente se le puede ocurrir cerrar el pico: eso es el deseo de la madre" (Lacan 1969-1970, 118).

Es interesante que a esta altura Lacan vuelva a hablar del deseo de la madre porque ya en las clases sobre Hamlet del Seminario *El deseo y su interpretación* había advertido que en el Edipo no se trata del deseo "por" la madre, sino del deseo "de" la madre, que más allá de la ambigüedad del genitivo, se refiere al deseo de la madre por la posesión del niño como parte de sí, más acá de la ley del padre, y a la imposibilidad del desvalido lactante para oponerse al deseo devorador de su madre. Se trata entonces de un deseo primario, más bien capricho, en la medida que no está regulado, y de ahí la necesidad del palo (falo) paterno en las fauces del cocodrilo.

5. Entonces, apoyado por ciertos desarrollos de Freud y de Lacan, y de lo que se ha comprobado reiteradamente en la experiencia clínica, he creído pertinente situar los antecedentes de la compulsión toxicómana en el tiempo del "deseo de la madre", un tiempo llamado "pre-edípico", pre-paterno, por los psicoanalistas posfreudianos.

El adicto se resiste a la operación simbólica de la pérdida de ese lugar donde "se es" imaginariamente el falo, condición necesaria y determinante

de la salida del complejo de Edipo. Pone en juego una resistencia a un "dejar caer" una parte de sí, -relacionada por Lacan con el mito de Osiris⁵, que posibilite su ingreso al campo de la castración y del deseo. Si la operación progresa, que es lo normativo, la pérdida constituyente no es meramente pasiva, implica una actividad: la cesión del objeto. Es lo que sucede en la etapa anal cuando el niño se separa de sus heces como un don a la madre. Conducta del cuerpo a través de la cual se realiza una equivalencia simbólica, anunciando que el niño no está ya él mismo en su ser (ser el falo) entregado a la madre mediante una identificación primitiva, sino que cede una parte de sí, quedando así separado el sujeto del objeto cedido.

Donde había un solo ser, madre-hijo (ser el falo) ahora hay dos sujetos: el niño que en su cesión ha realizado la ecuación simbólica, y la madre cuyo hijo no es ya algo que pertenezca imaginariamente a su cuerpo. Y al hijo a su vez, al aceptar la castración (forzado por la exigencia de la ley paterna), se le abre el mundo de los objetos posibles, no endogámicos, para abordar la "elección del objeto". Pero esta adquisición no es gratuita, se paga con la división del sujeto.

¿Pero qué sucede en el adicto? Él no tiene este mundo de objetos posibles. Por lo tanto, desde el punto de vista clínico, el tratamiento de las adicciones debería orientarse hacia la posibilidad de producir esa diversidad, esa "ampliación del campo de batalla" según la metáfora de Michel Houellebecq.

Por el contrario, en el adicto, su mundo de objetos posibles se va reduciendo cada vez más a uno solo, al cual apenas podríamos llamar "objeto", que polariza su deseo y su vida misma, hasta llegar, en casos graves, al límite de la muerte envuelto en la fantasía inconsciente de un reencuentro con el seno materno.

¿Cómo es posible que haya sucedido este apagarse del mundo donde la figura es la droga y todo lo demás un fondo inestable e indiferente? ¿Cómo es posible tal atrofia del aparato simbólico que impide el desplazamiento metonímico del deseo que pudiera producir una metáfora que valga por el objeto perdido?

La respuesta del psicoanálisis es, a mi entender, la única convincente, la que llega al núcleo basal del inconsciente. Se trata del fracaso del duelo fundamental por el falo, cuestión trabajada por Lacan en el estudio sobre Hamlet ya mencionado. Duelo tan fundamental que lo lleva a decir que todo duelo posterior "es la ectopia del duelo por el falo". Es decir, todo duelo es un desplazamiento a otra escena del duelo por el falo.

Quizá la madre haya sido excesivamente fálica, devoradora, y se haya resistido a soltar al hijo de sus fauces de cocodrilo, o quizá el padre haya sido demasiado débil, o en términos de Lacan en el Seminario *Las formaciones del Inconsciente*, quizá haya estado demasiado enamorado de su mujer como para cumplir su función de separación, o quizá el hijo haya hecho fuerza para no desasirse de su identificación con

la madre fálica, siendo la identificación, como dice Freud, anterior a la constitución misma del objeto.

Lo cierto es que el futuro adicto ha permanecido en el plano del “ser” (ser el falo imaginario materno) y no ha accedido al plano del tener (tener el falo simbólico por identificación con la ley del padre). Desear según el falo simbólico es la operación que el adicto no puede realizar.

En la Proposición del 9 de octubre de 1967, Lacan menciona el “des-ser”, una condición del sujeto que ha atravesado el Edipo y se ha situado en la carencia simbólica y le ha permitido renunciar a lo “oceánico” materno que sería al mismo tiempo su perdición. En el mismo año, en el Seminario *La lógica del fantasma*, había relacionado este “des-ser” con la máxima freudiana “donde ello era el sujeto debe advenir”.

En el adicto, este “des-ser” está en cuestión. Cuántas veces en la práctica hemos visto esta situación desplazada donde un sujeto masculino comienza el consumo de drogas por identificación con un partenaire femenino previamente adicto que lo introduce en el consumo y lo conduce a la adicción. También, obviamente, sucede a la inversa, la mujer que acompaña a su pareja en el consumo y finalmente termina tan adicta como él:

Joël, narra así la etapa del “comienzo incidental” en el consumo de la novia de Terry, que entró en la droga sólo para complacer a su novio: “... mientras ella aspira de tanto en tanto, las pequeñas dosis de heroína que tomaba para acompañar a Terry, no contaban.

Ella se sentía demasiado fuerte para dejarse entrapar. De hecho, la única razón por la que ella consumía era que a Terry le gustaba que ella hiciera un viaje al mismo tiempo que él. Fuera de eso, a ella no le gustaba. El *dealer* sin embargo, hacía sus cálculos: “Con que ella tomara así, de vez en cuando, bastaba. Un día se iba a despertar con una crisis de abstinencia” (Goines, 1995, 212). Ambas situaciones son modos que confirman la idea del comienzo “incidental” de una futura adicción.

6. Y aquí llegamos al nódulo que hemos venido anticipando en este trabajo.

Se trata de la novedad de un concepto aún no tenido en cuenta en la comprensión de las toxicomanías y muy poco en la práctica clínica de otras patologías regresivas y compulsivas. Me refiero al concepto de “superyó materno”, introducido en el psicoanálisis por Melanie Klein como “superyó temprano”, muy tenido en cuenta por Abraham y toda la Escuela Inglesa, relativamente desaparecido desde el advenimiento de Lacan (aunque, como veremos, él no dejó de ocuparse del asunto), pero redescubierto por nuestro Oscar Masotta, que realiza una lectura muy perspicaz del artículo de Freud “Un caso de homosexualidad femenina contrario a la teoría psicoanalítica” (Masotta, 1992, 93-104) con ese concepto como instrumento de análisis.

Siguiendo a Freud, Masotta acepta, en principio, que el superyó

materno sea propio de las mujeres. La hija, de modo ambivalente, no puede desasirse del deseo caprichoso que propio de la madre cuyo objeto es ella misma, su hija, impidiendo, “embarrando”, dice Masotta, sus relaciones con los hombres.

Por supuesto, dice Masotta, que “no se trata de la madre actual, real, de la de ahora, sino de la imagen de la madre primitiva”. Dice, además, que esa relación primitiva es una especie de fidelidad arcaica que prohíbe a la mujer las relaciones “normales”, entendiéndose por tal, heterosexuales. Le impide así el desarrollo de su sexualidad, ya de por sí complicado, en tanto la mujer tiene un desarrollo sexual que parece tener que ir en contra del objeto primordial, la madre, como primer vínculo originalmente homosexual. Por lo cual su sexualidad normal sería “una sexualidad contra corriente”.

“¿No ocurre -según Masotta- también en el hombre? Podríamos contestar que sí, ¿por qué no introducir en la teoría un superyó constituido con esta rama maternal en el hombre?”

De esta lectura se desprende que el superyó materno como sumisión al deseo “de” la madre, no es exclusivo de la posición femenina. También existe en el varón, lo cual hace de ese superyó una dimensión del inconsciente de todo sujeto, no importa su sexo biológico ni su posición sexual. Precisamente por no reducirse a la mujer, y no tener que ver con “la femineidad”, Lacan rechaza la noción de “superyó femenino” para

nombrar el superyó materno.

Esta es, por otra parte, la teoría kleiniana donde el superyó arcaico no se diferencia por sexos. La aplicación del superyó materno a ambos sexos es sumamente pertinente pues siendo una instancia universal, su instalación en el psiquismo es anterior a la castración y a la diferencia sexual. Se trata de un imperativo de goce envolvente y seductor como el de las sirenas de Ulises, diferente al mandato del superyó paterno que es mandato de goce del tipo que Lacan describe en Kant con Sade y que supone una ley, al menos “la ley insensata”.⁶

En relación con la teoría kleiniana, y en un escrito casi ya no leído a pesar de su actualidad como es “La agresividad en psicoanálisis” (Lacan 1948, 79), Lacan menciona “una primera formación del superyó (materno) absolutamente original” ligado a la “nocividad oral”. Estas formulaciones tienen su antecedente en lo que llamó “complejo de destete”, responsable de “la tendencia psíquica a la muerte” como reencuentro con la madre (Lacan 1939b, 69). Esta formación del masoquismo primordial es el antecedente de la unión entre el dolor y el goce, que será reformulado luego como pulsión de muerte.

7. El orden de los mitos, anterior al orden del Logos, es un principio histórico de regulación simbólica sostenido en el matriarcado. Sólo después, y a partir de los filósofos griegos, se funda el orden del patriarcado como orden del Logos, bajo el cual aún vivimos. La conquista patriarcal

llegó a Europa occidental alrededor del 400 a. C.

Pero ahora sabemos que, como figura de autoridad y adoración, antes que Dios existió la Diosa, y antes que el superyó paterno existió el superyó materno.

En el prestigioso libro de Robert Graves, *La Diosa blanca*, (Graves 1948) su autor argumenta que el matriarcado está lejos de haber desaparecido, más aun, vivimos una época de su retorno bajo la filosofía actual del feminismo. Parecería que el orden del matriarcado no es sólo una cuestión social, sino que, más allá, es una estructura inconsciente de toda civilización desde las épocas más remotas de la humanidad. Desde el advenimiento del patriarcado, el matriarcado estuvo reprimido, pero no desaparecido. Es una estructura que sobrevive en cada sujeto y opera como superyó materno.

No se trata de duplicar la existencia del superyó, se trata más bien de dos dimensiones del superyó, de dos identificaciones que suceden en diferente nivel y que tienen contenidos, exigencias y consecuencias diferentes.

El imperativo del superyó materno es arcaico, no tiene voz, causa estragos, exige no ir más allá de la madre, tiene el imperativo, no aún de la voz tonante del superyó paterno, sino la seducción muda y envolvente del erotismo y de la promesa de goce. Es la invitación: “quédate conmigo”, verdadero velo de Maya que oculta una exigencia “obscena y feroz”.

La imagen de la madre

superyoica, imbuida de los poderes cuasi divinos de la Diosa Blanca, reaparece también en algunos psicoanalistas modernos, aunque sin referencia explícita a la mitología ni al superyó: “La madre siempre aparece como acusada. Imperativa, posesiva, obscena o, al contrario, indiferente, fría y mortífera, demasiado atenta o demasiado elevada, ella atiborra o priva, rechaza o colma: para el sujeto, es una figura de sus primeras angustias, el lugar de un enigma insondable o de una oscura amenaza” (Millot, 2004, 16) Es una descripción muy impresionante del llamado, por Lacan “capricho materno”, que no da lugar al deseo sino sólo a la obediencia.

Se trata por supuesto del goce de la Diosa-madre, tan oportunamente incluido por Lacan en su Seminario XXIV para diferenciarlo de los Dioses cuya esencia no está en la dirección del goce: “Son las cosas que hubiera podido desarrollar mejor si hubiera dado el Seminario sobre los nombres del Padre. La Diosa es goce, es importante recordarlo, y su estatuto de Diosa es ser goce, desconocerlo es condenarse a no entender nada del goce; por eso el Filebo es ejemplar, donde una réplica nos anuncia que en ningún caso los Dioses tienen que ver con el goce, no sería digno de ellos” Lacan 1966-1967, 21-07-1967).

En la versión freudiana que elige Masotta, el superyó paterno obliga al niño a abandonar a la madre y aceptar la castración y con ella la diferencia de sexos para salvar su instrumento masculino y

construir relaciones flexibles de objeto, en todo diferentes a la identificación rígida y mortífera con el superyó materno. Identificación, esta última, compatible con “la nostalgia del seno materno” que arrastra al sujeto a ese deterioro terminal que Lacan, en *La Familia*, nombra como suicidios no violentos, -propios, entre otros destinos, de la toxicomanía-, un movimiento en declive creciente hacia la fusión final con el pecho materno, ilusión facilitada por la intoxicación oral cuando culmina en la muerte.

La descripción de Christiane F al respecto es sobrecogedora: “El primer día de cura se hace interminable. Sueño con un tipo que conozco de Berlín. Se ha picado tanto que tiene el cuerpo en carne viva. Es un cadáver ambulante. Tiene los pies negros, casi paralizados. Larga un olor a podrido tan nauseabundo que uno no puede acercarse a menos de dos metros. Cuando le dicen que debería internarse sonrío como una calavera. Solo quiere morir. Ese tipo me obsesiona, veo su cara constantemente, salvo cuando se me aparece la jeringa o me desmayo del dolor. Todo es igual que la primera vez: sudor, dolor, olor a podrido” (Christiane F, 1978a, 162).

Lacan en absoluto fue reacio, como se supone, a tratar el problema del superyó materno. En el Seminario *Las formaciones del Inconsciente* plantea la necesidad de preguntarse por el llamado “período pre-edípico”, adelantado por Freud como un Edipo que “está siempre ahí”; todo esto, dice Lacan, “es de una naturaleza tal como para hacernos

entender que lo que sucede “antes” del Edipo tiene también su importancia”. Y este es uno de los tramos de su enseñanza donde se ocupa del superyó materno. Estaría situado como un “antes” en el sentido del *après coup*, de la retroacción y de la regresión. Esta operación le permite plantear la gran pregunta, tan importante como descuidada en el psicoanálisis actual: “¿En verdad, el superyó es únicamente de origen paterno? ¿es que no hay, detrás del superyó paterno, un superyó materno todavía más exigente, todavía más oprimente, todavía más devastador, todavía más insistente que el superyó paterno? [...] He aquí pues el primer polo donde se agrupan los casos de excepción y la relación entre el superyó paterno y el superyó materno” (Lacan, 1957-1958, 166) E inmediatamente, en “los casos de excepción” sitúa a las perversiones y psicosis, a las que, por mi parte, agrego la compulsión toxicómana, amparándome en el sentido contextual, ya que en este tramo Lacan no menciona la adicción pues no estaba tratando sobre ese particular.

Por otra parte, Lacan se opone a la denominación de “superyó femenino” y propone “superyó maternal”, donde deja claro que no se trata del superyó diferencial de las mujeres, sino referido a la dependencia de todo sujeto con respecto no tanto al deseo del Otro, sino al goce del Otro primario, la madre fálica que goza fálicamente de la posesión ilimitada de su hijo o hija.

Más adelante, pero en el mismo seminario, Lacan dirá que, ante

el imperativo mortífero del superyó, se vio llevado a plantear un superyó más arcaico, relacionado más con la voracidad materna que con el superyó que resulta del final del complejo de Edipo. “Como ustedes saben, la experiencia nos ha obligado a admitir que había un superyó más antiguo” (Lacan 1967-1968, 503-504). Es el superyó del *voeu de mort* (promesa, voto, de muerte). ¿No es esto acaso lo que el superyó exige al adicto al final de su carrera toxicomaniaca? Pareciera desprenderse lógicamente de estas citas que algunos rasgos que Lacan había adjudicado al superyó entendido como paterno (edípico), son en verdad más propios del superyó materno, como entre otros atributos, su ferocidad y su llamado oscuro a la muerte como si la pulsión de muerte estuviera alojado como un virus en quien da la vida.

8. El drama para el adicto es cómo resolver eso que Masotta llama “la paradoja del superyó”, donde la intoxicación compulsiva implica un llamado del superyó materno que “empuja al goce”, en un sujeto sin recursos para hacerle frente. Asoma aquí la figura seductora de Eva ofreciendo a Adán la manzana de la perdición con la promesa de convertirse en dioses.

¿No enseña acaso la clínica que muchas veces es esta promesa la que señala el camino de destrucción y el destino de muerte del toxicómano? “Un dios o un trapo”, según Charles Duchaussois en su novela *Flash*.

La solución de la droga como

rechazo de la castración, se lee en filigrana en muchas expresiones de drogadictos en tratamiento: “Sin droga ahora, es como si estuviera amputado, es como si me faltara un miembro del cuerpo y me doliera... es un miembro fantasma”. O también, aunque no tan explícitamente: “Soy como una esponja, recupero mi forma con la cocaína”(Le Poulichet S. 1987, 53).

Ahora, y para finalizar plantearé una conclusión realmente novedosa, que quizá los analistas no hayan investigado demasiado (salvo quizá los analistas de niños).

Por la importancia que adquirió la idea lacaniana del nombre del padre y de la metáfora paterna, frente a la vigencia, quizá un poco olvidada, de la madre de “las posiciones” (esquizo-paranoide y depresiva) en la teoría kleiniana, fue produciéndose un reparto esquemático y un tanto engañoso: Lacan como “el psicoanalista del padre” y Melanie Klein como “la analista de la madre”. Y así, el “superyó temprano” kleiniano fue quedando del lado de la madre, y el superyó edípico del lado del padre.

Pero, cuando Lacan habla del superyó “obsceno y feroz” cuyo imperativo ordena gozar, se refiere sin duda a una dimensión del superyó diferente a la del superyó que impone el rigor de la ley como “imperativo categórico”.

Esa dimensión del superyó que es mandato de goce e incluso impone el sacrificio gozoso del ser, y que somete

al sujeto a una compulsiva entrega de sí, tiene a mi entender toda la aureola del superyó primitivo, materno. Es el superyó de aquellos que venden su alma al demonio, que, si bien en Freud es una figura del padre, lo es también de la madre en muchas culturas y mitos anteriores al patriarcado.⁷

Si por el lado del padre, la voz imperativa del superyó vocifera “¡escucha y obedece!”, no importa el sentido de la orden, el superyó materno en cambio “gocifera”: “succiona y duerme... en mis brazos, para siempre”. Ambas dimensiones del superyó exigen la obediencia apática del sujeto, pero la primera empuja a la acción, y la segunda a la voluptuosidad y al abandono, incluso de la vida.

A ese superyó, que aquí lo hemos concebido como su forma más arcaica y destructiva de la subjetividad, Freud lo relaciona con la melancolía, patología que sin duda es asociable a la adicción compulsiva y lleva la impronta de la voracidad materna: Lo describe así: “un superyó hiperintenso que ha arrastrado hacia sí a la consciencia, el que se abate con furia inmisericorde sobre el yo como si se hubiera apoderado de todo el sadismo disponible en el individuo, ese cuyo componente destructivo se ha depositado en el superyó y se ha vuelto contra el yo al que gobierna ahora como un cultivo puro de la pulsión de muerte” (Freud, 1923, 28).

Ese superyó que “gocifera” poco tiene que ver con el padre, soporte del significante aun en su exigencia de

obediencia a un goce apático, y mucho más con el reclamo caprichoso del superyó materno por la posesión ilimitada del falo imaginario que ella ha creado para sí: el niño, la niña.

Por eso, el punto clave en el análisis de los adictos es acallar la voz “gociferante” del superyó materno y reconducir la transferencia a una nueva alianza con el superyó que logre reunir el deseo en la ley. Es la propuesta de Freud en la última página de “El yo y el ello”.

Referencias bibliográficas

- Castoldi A. (1994), *El texto drogado. Dos siglos de droga y literatura*, Anaya & Muchnik, Madrid, 1997.
- Christiane F. (1978a), *Hijos de la droga*, Argos Vergara. Barcelona, 1979.
- Christiane F. (1978b), *Yo Christiane F.*, 13 años, drogadicta Emecé, Buenos Aires, 2015.
- Freud S. (1929-1930), *El malestar en la cultura*, Santiago Rueda, tomo XIX, Buenos Aires, 1955.
- Freud S., “El yo y el ello” (1923), *Obras Completas*, Biblioteca Nueva, Tomo II, Madrid, 1968.
- Goines D. (1995), *L'acro*, Gallimard, París, 1995.
- Graves R. (1948), *La diosa blanca, una gramática histórica del mito poético*, Alianza, Madrid, 1994.
- Lacan J. (1969-1970), *El seminario. Libro 17. El reverso del psicoanálisis*, Paidós, Bs. As. 1992.

Lacan J. (1938a), "Los complejos familiares en la formación del individuo", *Otros Escritos*, Paidós, Buenos Aires, 2012.

Lacan J. (1938b), *La familia*, Homo Sapiens, Buenos Aires, 1977.

Lacan J. (1948), "La agresividad en psicoanálisis", *Escritos 2*, Siglo XXI, México.

Lacan J. (1957-1958a), *El seminario, Libro 5, Las formaciones del inconsciente*, Paidós, Buenos Aires, 1992.

Lacan J. (1959), *Lacan oral*, Xavier Bóveda, Buenos Aires, 1983.

Lacan J. (1966-1967), *El seminario. Libro XIV, La lógica del fantasma*, 21-07-1967.

Lacan J. (1968-1969), *El seminario. Libro 16. De un Otro al otro*, Paidós, Bs. As. 2008.

Le Poulichet S. (1987), *Toxicomanías y psicoanálisis*, Amorrortu Ed., Bs. As. 1996.

Masotta O (1992), *Lecturas de psicoanálisis Freud*, Lacan, Paidós, Bs. As. 1992.

Michaux H. (1952), *Miserable Milagro*, Monte Ávila Ed., Caracas, 1969

Millot C. (2004), "El goce de las místicas", Biblioteca EFBA, 2004.

Notas

¹ En la producción escrita del psicoanálisis se ha prestado atención nula a la relación Freud–R. Rolland. Apenas se pueden mencionar dos trabajos escritos en Francia: una tesis de doctorado de Colette Cornubet y una publicación de Roger Dadoun (E.Roudinesco, Diccionario de psicoanálisis, "Romain Rolland", Paidós, Buenos Aires, 1998, pág. 937). En nuestro medio el texto de Leonardo Goijman, "La correspondencia Freud–R. Rolland, Notas sobre la angustia y la escritura" aborda parcialmente el tema (publicación electrónica en www.elsigma.com). Por otra parte, la correspondencia Freud-Romain Rolland ha sido publicada por Henri et Madelaine Vermorel en Presses Universitaire de France.

² Para referirme a lo real como uno de los registros de lo Real, Imaginario, Simbólico, escribiré la palabra en mayúscula.

³ Aclaración necesaria pues es conocido el privilegio que Freud ha dado a otro mito: el de *Tótem y Tabú* en la construcción del origen de la cultura.

⁴ Insistamos una vez más en que, freudianamente, no hay otra realidad sino "la realidad" de la castración.

⁵ Este momento de corte está asediado por la forma de un jirón sangriento: la libra de carne que paga la vida para hacer de él el significante de los significantes, como tal imposible de ser restituido al cuerpo imaginario; es el falo perdido de Osiris embalsamado. (Lacan J. "La dirección de la cura y los principios de su poder", *Escritos*,

Siglo XXI, México, 1971, pág. 261).

⁶ "El superyó tiene relación con la ley, pero es a la vez una ley insensata, que llega a ser el desconocimiento de la ley." (Lacan, *El Seminario, Libro 1, Los escritos técnicos de Freud*, Paidós, Barcelona, 1975, pág. 161.

⁷ También puede verificarse en el escrito monacal medieval *El trofeo de Mariazell*, utilizado por Freud para desarrollar su artículo "Una neurosis demoníaca del siglo XVII". (Cf. Haitzman, C. *Trofeo de Mariazell*, Ed. Argonauta, Barcelona, 1981).